

recto juicio que vd., D. Fernando! En las reuniones que tuvimos en las logias de York, en el pronunciamiento de la Acordada, en la campaña contra Barradas, y aquí ahora, siempre le he encontrado á vd. recto, patriota y liberal.

—Obro como obrar debe todo hombre honrado, y nada mas, Rossi.

Fernando disimuló el disgusto que le causaba escuchar todo aquello que tenia relacion con su familia. Rossi, ignorando el mal efecto que causaban sus palabras, continuó:

—Pero ¿queda tranquila Luisa, que es, segun tengo entendido, la mujer mas tímida, cuando le ve correr á vd. al peligro?

—Creo que sí—contestó Fernando secamente; y queriendo evitar toda conversacion sobre aquel asunto, añadió:—Mucho me han dicho que aprecia á vd. el general Guerrero, señor Rossi.

—Me distingue sin que yo sea acreedor á ello. Pero volviendo á vuestra mujer.—Fernando hizo un gesto desagradable que no advirtió Rossi.—¿Sabe vd. que recibiria

buen susto cuando corrió la voz de que habian matado á vd. en un encuentro?

—Ya vd. ved....

—Como que todos lo llevamos.

—Gracias. Dió la casualidad de tener otro comandante que murió en la primera escaramuza, el mismo nombre que yo, y esa fué la causa de que mis amigos me juzgasen muerto.

—Son malas equivocaciones esas para la familia. Estoy seguro de que Luisa habrá sufrido las sensaciones mas terribles de su vida, tanto de terror al creer á vd. muerto, como de placer al mirarle á vd. vivo. Pero dígame vd., ¿está mala?

—¿Por qué lo dice vd?

—Porque me han asegurado que desde que está en este pueblo no ha salido ni un solo dia de casa.

—¿Y quién dice eso?

Exclamó con acento áspero Fernando.

—Los vecinos que le vieron entrar muy encubierta en su rebozo la noche que vinieron vdes. de Chapala.

—Siempre se mezclan las gentes en lo que no les importa.

—Por lo que veo, parece que le disgusta á vd. que se hable de Luisa. Eso me hace creer que se ha vuelto vd. zeloso, y en ese caso no volveré á tratar del asunto.

—No, Rossi, no son zelos; pero....

Y Fernando se detuvo.

—Entonces quiere decir que está mala.

—Sí.

Contestó Fernando, sin saber qué decir.

—¿Y qué tiene?

—Hombre.... nadie lo sabe.... es una enfermedad rara.... cierta tristeza....

—Y le ha traído vd. á *tierra caliente*, á este país en donde no hay teatros, ni diversiones, ni sociedad para distraerse?

—¿Qué quiere vd!....—dijo Fernando algo confundido con la justa observacion de Rossi—me habian aconsejado los médicos.... Pero ya veremos lo que resuelvo así que termine esta campaña.

Entonces, pronto espero tener el gusto de verla en México, adonde le aconsejo la lleve vd. si quiere vd. que desaparezca su

melancolía. Quien en la capital de esta República no adquiere el buen humor, no lo recobra en ninguna parte del mundo.

—Ya lo veremos. Pero entretenidos con la conversacion, nos hemos alejado mas de lo regular de nuestro campo.

—No hay cuidado: aquí hasta las piedras tenemos por amigos.

—Lo sé; pero como estamos esperando salir al encuentro de nuestros contrarios de un momento á otro, bueno será que nos acerquemos á saber lo que ha dispuesto nuestro jefe D. Juan Alvarez.

Y Rossi y Fernando se acercaron al sitio en que estaban sus compañeros de armas, en el momento en que á toda prisa se formaban para ponerse en marcha, noticiosos por los espías, de la proximidad del enemigo que avanzaba confiado y sin las precauciones que la aspereza, montañas, barrancos y bosques del país lo exigen en toda marcha militar.

Efectivamente, Armijo marchaba al encuentro de los surianos con la seguridad de un seguro triunfo.

—Mi general —le dijo Miguel en voz baja acercándose á él cuanto le fué posible— he oido decir que el enemigo está cerca, mandado por Don Juan Alvarez.

—Tengo las mismas noticias que vd., D. Miguel, y trato de sorprenderle.

Al acabar estas palabras, se oyeron los primeros tiros de la guerrilla que iba de descubierta.

El ejército hizo alto: dió Armijo las órdenes necesarias, y poco despues, la accion llamada de Texca por haberse dado en aquellos terrenos, y comenzada por una insignificante fuerza, se hizo general y sangrienta.

Las fuerzas del Sur, eran superiores en número, pero inferiores en instruccion. Rossi, que en donde quiera que el peligro era mayor allí se encontraba, infundia en sus soldados el bélico ardor de que estaba animado, y los surianos, arrojando terribles alaridos, acometian á sus contrarios por todas partes.

Armijo conoció lo comprometido de su posicion, y envió á contener por el lado que

los enemigos se llevaban la mejor parte, al intrépido Miguel que hizo prodigios de valor; pero ¿de qué servian sus esfuerzos, si á la vez que sus soldados disminuian, se aumentaba el número de contrarios, que conociendo su ventaja, trataban de vencer á todo trance?

Rodeado Armijo de enemigos por todas partes, ordenó la retirada, pero ya era tarde aun para esto: Alvarez habia dispuesto de tal manera el ataque, que no quedaba otro recurso á la fuerza del gobierno y á la célebre columna de granaderos, que era entonces batallon número 1, que rendirse ó morir. Esto último resolvió Armijo, y perdió la vida á manos de los soldados de Alvarez. Miguel, luchando como un desesperado, logró romper el círculo de bayonetas que le cercaba, y seguido de algunos soldados, empezó su retirada, perseguido por Rossi y por Fernando que trataban de acabar con él.

Miguel, perdido el rumbo, tomó el primer camino que se le presentó á sus ojos, y en

vez de dirigirse hácia México, se fué internándose mas y mas en el país enemigo, perseguido siempre muy de cerca.

—Ya es nuestro—exclamó Rossi.—Precisamente va al pueblo del cual hace un instante salimos.

Y apretó el paso cuanto pudo para dar alcance á su tenaz contrario.

Miguel, cansado y sin fuerzas ya para huir, hizo alto en una calle para tener el gusto de morir matando. Pablo, el fiel indio, resuelto á perecer con él, combatía á su lado, con un denuedo que excedía á todo elogio.

—Pablo, huye, no mueras por defenderme.

Le dijo Miguel al fiel indio, que en aquel momento acababa de dejar tendido á sus piés á un pinto.

—¡Yo dejar á su merced que me salvó la vida!... ¡Nunca!

En aquel momento se presentaron nuevas fuerzas de pintos que, disparando una descarga, barrió con los diez hombres que acompañaban á Miguel.

Al verse este, sin mas compañía que la del indio Pablo, trató de arrojar sobre sus perseguidores para morir mas pronto. En tal conflicto, la puerta de una casa, junto á la cual se hallaban defendiéndose heroicamente, se abrió, dejando ver á una mujer que les gritó afligida.

—Entre vd., D. Miguel.... entre vd., por Dios....

—¡Juana!....

Exclamó Miguel entrando con Pablo.

La puerta volvió á cerrarse.

—¡Arrojemos la puerta....!

Gritaron los pintos al ver escapárseles de las manos la víctima que anhelaban.

Fernando, que habia visto abrir la puerta á Juana, rugió como un leon.

—¡Dejadme, compañeros!—exclamó el marido de Luisa, abriéndose paso por entre los que rodeaban la casa—el hombre que ha entrado ahí, estará en vuestro poder dentro de un instante.

Y al decir esto llamó á la puerta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

Juana se asomó á la ventana á reconocer
al que llamaba.

Rossi saboreó la idea de su venganza.

Los pintos alzaron mil gritos de alegría.

Fernando oyó descorrer el cerrojo de la
puerta donde iba á encontrar á su rival

CAPITULO XI.

Un plan.

Sabido el triunfo de Alvarez sobre Armi-
jo, Barbosa, coronel á las órdenes del go-
bierno, abandonó Acapulco, en cuya ciudad
entró inmediatamente Guerrero, siendo re-
cibido con las mayores pruebas de estima-
cion. Pero á pesar de este hecho de armas,
la revolucion no fué fecunda en resultados.

La marcha firme y acertada del gobierno,
y el ascendiente en los Estados del primer
ministro D. Lucas Alaman, cuya opinion
superaba entonces á la de todos sus rivales,
influyeron en que á fines del año 30, la ad-
ministracion de Bustamante se encontrara
triumfante de sus enemigos, y que los puer-
tos del seno mexicano se vieran cubiertos